



CLÁSICOS
CASTALIA

EN LAS ORILLAS DEL SAR

COLECCIÓN DIRIGIDA POR
PABLO JAURALDE POU

ROSALÍA DE CASTRO

EN LAS ORILLAS
DEL SAR

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
MARINA MAYORAL



CLÁSICOS
CASTALIA



CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de **edhasa**



Diputación, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@castalia.es

Consulte nuestra página web:
<https://www.castalia.es>
<https://www.edhasa.es>

Edición original en Castalia: 1978
Primera edición: septiembre de 2019

Ilustración de la cubierta: La desembocadura del río Sar, en Padrón.

© de la edición: Marina Mayoral, 1978, 2019
© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2019

ISBN 978-84-9740-634-5
Depósito Legal B. 17356-2019

Impreso en Encuadernaciones Huertas
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

S U M A R I O

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

VIDA	7
Nacimiento y primeros años.	7
Rosalía y su madre.	11
Rosalía y Murguía	15
¿Cómo era Rosalía? Carácter.	19
Rosalía, feminista.	24
OBRAS	30
<i>En las orillas del Sar</i>	43
Cronología	43
Una mirada hacia dentro	44
Los tristes	46
La religiosidad	47
Las sombras.	51
Métrica	54
Estilo y figuras retóricas.	57
Significado e importancia de <i>En las orillas del Sar</i> . . .	60
NOTICIA BIBLIOGRÁFICA	63
BIBLIOGRAFÍA SELECTA	67
NOTA PREVIA	75
ABREVIATURAS	81

EN LAS ORILLAS DEL SAR	83
ÍNDICE DE TÍTULOS Y PRIMEROS VERSOS	225
LA EDITORA	229

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

VIDA

Nacimiento y primeros años

Nació Rosalía de Castro en Santiago de Compostela en febrero de 1837. En su partida de nacimiento figura como «hija de padres incógnitos», puntualizándose que «va sin número por no haber pasado a la inclusa».

Durante mucho tiempo la irregularidad de su nacimiento originó cierto desconcierto entre la crítica, quizá porque se juzgaba impertinente o poco respetuoso para tan excelsa figura de las letras gallegas indagar en lo que parecían «trapos sucios» de la familia. Afortunadamente esos tiempos han pasado y hoy existen estudios que permiten conocer perfectamente los antecedentes familiares de Rosalía¹.

- 1 El más antiguo y bien documentado fue el de José Caamaño Bournacell: *Rosalía de Castro en el llanto de su estirpe* (Madrid, Ediciones Biosca, 1968). Para los primeros años y juventud de Rosalía véase el de María Jesús Lama: *Rosalía de Castro. Cantos de independencia e liberdade* (Editorial Galaxia, Vigo, 2017), no porque sea el mejor sino porque es el último hasta la fecha, y porque en él encontrará el lector

Su madre fue doña María Teresa de la Cruz de Castro y Abadía, de familia hidalga venida a menos. Contaba treinta y dos años cuando nació Rosalía. En uno de los poemas de *Cantares gallegos* la autora se refiere a la casa donde nació su madre, a su abuelo materno y a los tiempos de bienestar ya pasados:

E tamén vexo enloitada
da Arretén a casa nobre,
donde a miña nai foi nada [...] *Casa grande* lle chamaban
noutro temo venturoso,
cando os probes a improraban
e fartiños se quentaban
ó seu lume cariñoso.
Casa grande, cando un santo
venerable cabaleiro
con tranquilo, nobre encanto,
baixo os priegues do seu manto
cobexaba ó pordioseiro².

El padre de Rosalía fue, según las fuentes más fidedignas, don José Martínez Viojo, de treinta y nueve años y sacerdote³. No pudo, por tanto, reconocer, ni legitimar a su hija, aunque sí se interesó

resumidos o comentados los más importantes hallazgos de otros investigadores sobre la biografía de la autora. Para cualquier aspecto puntual de la vida o de la obra de Rosalía son de obligada consulta los tres tomos de *Actas do congreso internacional de estudos sobre Rosalía de Castro e o seu tempo* (Consello da Cultura Galega, Universidad de Santiago de Compostela, 1986).

- 2 Cito por mi edición de *Rosalía de Castro. Obras Completas I*, Biblioteca Castro, Turner, Madrid, 1993, p.623.
- 3 Sobre este tema tan debatido véase Victoria Álvarez Ruiz de Ojeda: «16 de xullo de 1885, primeira mención do capelán José Martínez como pai de Rosalía», *Revista de Estudos Rosalíanos*, 4, 2011, pp. 205-217. Y Lino Vilas Barbeito: «El linaje Martínez Viojo y la casa del Castro de Ortoño. Nuevas aportaciones sobre la supuesta familia paterna de Rosalía», *Estudios Mindonienses*, 28, 2012, pp.599-634.

por ella desde el primer momento y encargó de su cuidado a sus hermanas⁴. La recién nacida fue llevada a Ordoño y allí amamantada por la esposa de un sastre llamado Lesteiro. Las tías paternas de Rosalía, doña Teresa y doña María Josefa, tomaron bajo su tutela a la chiquilla mientras vivió en Ordoño hasta que su madre se hizo cargo de ella.

Durante algún tiempo se creyó que doña Teresa se había desentendido de la niña tras su nacimiento, sin embargo, investigaciones posteriores demuestran que no fue así. Aunque no sabemos con exactitud en qué momento se hizo cargo de su hija, se han encontrado testimonios que indican que para entonces Rosalía era aún una niña pequeña. En el curso de unas obras en los archivos del Ayuntamiento de Padrón se descubrió un documento del 17 de septiembre de 1842 que recoge los nombres de los habitantes de la ciudad en esa fecha. Fue publicado y estudiado por primera vez por Victoria Álvarez Ruiz de Ojeda⁵, quien ofrece un detallado análisis del documento y una pormenorizada descripción de la ciudad de Padrón y del modo de vida de sus habitantes. Hace constar que reside en la localidad doña Teresa de Castro, con su hija Rosalía y una criada llamada María Martínez. Asimismo, en el registro se dice que el estado civil de doña Teresa es de soltera y que tiene treinta seis años, dato erróneo, también señalado por la investigadora. Partiendo de la fecha de nacimiento del *Libro de Bautizados*

- 4 En aquella época, la ley indicaba que los hijos de sacerdotes no podían vivir con ninguno de los padres ni recibir su apellido. Véase Catherine Davies: *Rosalía de Castro no seu tempo*, Vigo, Galaxia, 1987, p.41.
- 5 Victoria Álvarez Ruiz de Ojeda: «Un importante documento para a biografía de Rosalía», *Grial*, 136, tomo XXXV, 1997, pp. 479-499. El documento lo encontró la historiadora Dolores Poch Mariño, becaria de la Xunta de Galicia, como puede verse en la pág. 497 del artículo de Victoria Álvarez. El bibliotecario de Neda, Manuel Pérez Grueiro, informó del hallazgo a varios estudiosos de Rosalía, entre ellos a mí. Andrés Pociña anunció ese descubrimiento en una conferencia pronunciada en el Salón de Actos del Ayuntamiento de Granada el 17 de mayo de 1996, Día de las Letras Gallegas, posteriormente incorporada a su libro «Galicia e Granada: dous cabos dun eixo espiritual», Sada-A Coruña, Edicións do Castro, 1998, pp. 164-165.

de *Iria Flavia*, doña Teresa habría nacido el 24 de noviembre de 1804; estaba, pues, a punto de cumplir treinta y ocho. Y Rosalía tendría cinco años y siete meses.

Otro detalle que ya se conoce es el de la personalidad de la mujer que actuó de madrina en el bautizo de Rosalía y que se llevó con ella a la niña para que no entrase en la inclusa. Según la partida de nacimiento de Rosalía, su nombre era María Francisca Martínez y era «natural de San Juan del Campo». Pese a la similitud de apellidos no tiene ningún parentesco con la familia Martínez Viojo. Se trata de una sirvienta de la familia Castro y es la misma mujer que aparece en el padrón de 1842 conviviendo con doña Teresa y con la niña, aunque allí se la mencione sólo como María Martínez. Es un año más joven que doña Teresa y, sin duda, persona de su confianza, como demuestra el hecho de que fuese la encargada de bautizar y amadrinar a Rosalía.

El bautizo de Rosalía en el Hospital Real se debió a que esa institución permitía mantener el anonimato a los padres, ya que la criatura podía inscribirse como de «padres incógnitos», como fue el caso. Normalmente, los neonatos así inscritos pasaban a la inclusa, donde su suerte era incierta. Según las investigaciones de Victoria Álvarez Ruíz de Ojeda, el número de muertes en estas instituciones era elevadísimo⁶. En 1837 de los 432 bautizados, murieron 342. La investigadora estudia el caso de la hija natural del hermano mayor de doña Teresa, José María de Castro, que se vio obligado a ingresar a su hija en la inclusa y que, por medio de un intermediario, la sacó de allí a los pocos días, pero sólo pudo, tras arduos esfuerzos, darle sus apellidos una vez casado con la madre de la niña. Con estos antecedentes familiares, entendemos que doña Teresa no quisiera dejar a su hija ni un momento en esa institución.

6 Véase «Sobre as orixes de Rosalía de Castro: a inclusa de Santiago de Compostela e o caso de Josefa Laureana de Castro», *A trabe de Ouro*, 39, 1999, p. 325-351.

Rosalía y su madre

Un capítulo interesante desde el punto de vista psicológico lo constituyen las relaciones de Rosalía con su madre.

Cuando se publicó por primera vez esta edición de *En las Orillas del Sar*, en 1978, lo que se sabía con certeza era que Rosalía vivía con su madre en Santiago de Compostela en 1852, según había dado a conocer Bouza Brey⁷. En ese momento yo escribí: «No sabemos si doña Teresa vio con frecuencia a su hija mientras ésta vivió con la familia paterna, quizá sí, y quizá también la recogió antes de ese año».

Me basaba para pensar así en la interpretación de la obra de Rosalía, sobre todo en el librito *A mi madre*, escrito a raíz de su muerte, donde da muestras de un gran dolor por su pérdida que parece producto de una larga y feliz convivencia. Rosalía se casa en 1858, y yo me preguntaba: «¿Pudo crearse un vínculo tan fuerte entre madre e hija en sólo seis años de convivencia, teniendo ya Rosalía quince? Cuesta creerlo. Aunque no tengamos pruebas, hay que suponer que doña Teresa se hizo cargo de la niña mucho antes de esa fecha de 1852». Afortunadamente, las investigaciones de estos cuarenta últimos años han dado base documental a esa interpretación.

La publicación de una carta, con fecha de agosto de 1923 de Luis Tobío Fernandez, miembro de la familia paterna de Rosalía, al investigador Bouza Brey, volvió a reabrir la leyenda del abandono de la niña por parte de su madre. En ella se vierten acusaciones muy graves sobre doña Teresa:

La desnaturalizada madre, no queriendo abrazar las penalidades de la educación de su hija, o, lo que es más probable, deseando por un sentimiento de honor mal entendido, alejar de sí la infortunada criatura, para que no fuese baldón que deslustrase el timbre de su familia ni sus rancios y ridículos pergaminos, pensó en arrojarla a la inclusa;

7 Bouza Brey, «La joven Rosalía en Compostela (1852-1856)», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, fasc. XXXI, año 1955.

conocedor de ello el capellán Martínez, quitó la niña a su madre y la entregó a la mujer de un tal Lesteiro, sastre en Ortoño, quien la educó y tuvo como hija, amamantándola ella misma, satisfaciendo José Martínez los gastos de su crianza, subsistencia y demás...

Bouza Brey no hizo pública esta carta, que sí fue publicada después de su muerte⁸. En contra de lo que en ella se dice, repito una vez más que Rosalía dejó testimonios escritos que contradicen tales afirmaciones. La imagen que nos transmite de su madre es la de una mujer cariñosa que le dio protección y amor. Así lo vemos en el libro *A mi madre*:

Yo tuve una dulce madre,
concedíamela el cielo,
más tierna que la ternura,
más ángel que mi ángel bueno⁹.

Al dolor por la muerte de su madre se suma la sensación de haber perdido un refugio seguro. Afirmación que sorprende porque en ese momento Rosalía estaba ya casada y tenía una hija, es decir, había creado su propia familia:

¡Ay, qué profunda tristeza!
¡Ay, qué terrible dolor...!
¡Ella ha muerto y yo estoy viva!
¡Ella ha muerto y vivo yo!
Mas ¡ay!, pájaro sin nido
poco lo alumbrará el sol,

8 La publicó Mauro Armiño en los Apéndices de su edición de *En las orillas del Sar* (Barcelona, Plaza y Janés, 1985, pp.306-308). Y también en la *Voz de Galicia* («Cuaderno de Cultura») el 18 de julio de 1985. En la edición de Plaza y Janés, el autor agradece al hijo de Bouza que haya puesto a su disposición los trabajos inéditos de su padre.

9 O. C., p. 469.

¡y era el pecho de mi madre
nido de mi corazón¹⁰!

Rosalía debió de sentir por su madre, además de cariño, compasión y agradecimiento. Como a tantas protagonistas de sus poemas, la vio como a una pobre mujer enamorada y engañada por el varón, pero también como a una mujer valerosa que se enfrentó a la sociedad para reconocer el fruto de su desluz. En *La hija del mar*, refiriéndose a una niña de la inclusa, dice:

Hija de un momento de perdición, su madre no tuvo siquiera para santificar su yerro aquel amor con que una madre desdichada hace respetar su desgracia ante todas las miradas, desde las más púdicas hasta las más hipócritas¹¹.

Es decir, a ojos de Rosalía su madre sí tuvo hacia ella ese amor que «santificó» su yerro.

No sabemos hasta qué punto su nacimiento irregular y los acontecimientos de los primeros años de su vida influyeron en el carácter y en la obra de Rosalía pero, sin embargo, desde muy temprano momento la crítica tendió a destacar la influencia de aquellos hechos.

Juan Rof Carballo¹² señaló la coincidencia de ciertos rasgos de su mundo poético con la ausencia de una «imago» paterna en la formación de su personalidad. José Luis Varela¹³ interpreta el símbolo de la negra sombra poniéndolo en estrecha relación con la «oscuridad» de sus orígenes. Y Xesús Alonso Montero¹⁴ destaca

10 *O. C.*, p. 468.

11 *La hija del mar*, *Obras completas I*, ed. citada, p. 51.

12 J. Rof Carballo, «Rosalía, ánima galaica», en *7 ensayos sobre Rosalía*, Vigo, Galaxia, 1952.

13 J. L. Varela, *Poesía y restauración cultural en Galicia en el siglo XIX*, Madrid, Gredos, col. Biblioteca Románica Hispánica, 1958.

14 Xesús Alonso Montero, *Rosalía de Castro*, Madrid, Júcar, 1972.

la presión social que sufrieron la niña y la madre y cómo ese ambiente condicionó la personalidad adulta de Rosalía.

A mí, no me cabe duda de que algunas características de su visión del mundo –por ejemplo, la vinculación de amor, remordimiento y pecado, así como el tema de ser objeto de burla y persecución– están íntimamente relacionados con su historia familiar¹⁵.

Aunque la sociedad gallega tenga frente a los hijos naturales una actitud más abierta y comprensiva que otras sociedades, el hecho de ser «hija de cura» debió de inclinar la balanza negativamente del lado de las reticencias. No parece extraño que en una niña sensible e inteligente la falta de padre y su condición de fruto de amores prohibidos influyeran en su carácter y en su visión del mundo.

Una vez instalada en Santiago con su madre, debió de realizar la misma vida que otras niñas y jóvenes de su clase social. Parece que su instrucción fue escasa, como lo era la de la mayoría de las mujeres en aquella época. Emilia Pardo Bazán, en su ensayo *La mujer española*, cuenta una anécdota muy iluminadora sobre ese punto: una amiga suya le preguntó a su padre dónde estaba Rusia y la respuesta fue: «una señorita bien educada no necesita saber eso».

Según datos proporcionados por la familia Murguía, citados por Filgueira Valverde, Rosalía tocaba «la guitarra inglesa, la española, el arpa, la flauta y, por último, el harmonium»¹⁶. Sabemos que frecuentó las aulas del Liceo de la Juventud, institución fundada en 1847 que se dedicaba a «instruir por medio de la Literatura y Bellas Artes», donde se impartían clases de literatura, pintura, música y declamación que, probablemente, le proporcionaron a

15 Marina Mayoral, *La poesía de Rosalía de Castro*, Madrid, Gredos, col. Biblioteca Románica Hispánica, 1974.

16 Véase José Figueira Valverde, «Rosalía de Castro e a música», *Actas do Congreso Internacional de Estudos sobre Rosalía de Castro e o seu tempo*, Consello da Cultura Galega, Universidad de Santiago de Compostela, 1986, pp. 33-53.

Rosalía conocimientos en esas disciplinas¹⁷. También participó como actriz de éxito en varias obras de teatro que allí se representaron¹⁸.

Rosalía y Murguía

Un capítulo importantísimo en la vida de nuestra autora son sus relaciones con Manuel Murguía, con quien contrajo matrimonio el 10 de octubre de 1858.

De este matrimonio nacieron siete hijos, punto sobre el que ha habido algunas confusiones, definitivamente aclaradas tras los trabajos de Caamaño Bournacell y de Bouza Brey¹⁹:

- Alejandra, nacida en mayo de 1859 en Santiago de Compostela, casi a los siete meses exactos del matrimonio de sus padres. Murió en 1937.
- Aura, nacida en diciembre de 1868 (obsérvese el largo intervalo sin descendencia). Murió en 1942.
- Gala y Ovidio, gemelos, nacidos en julio de 1871. La primera murió en 1964; Ovidio, en 1900.
- Amara, nacida en julio de 1873. Murió en 1921.
- Adriano Honorato Alejandro, nacido en marzo de 1875. Murió en noviembre de 1876 a consecuencia de una caída.
- Valentina, nacida muerta en febrero de 1877.

Las opiniones de la crítica sobre la vida en común de la pareja son tan contradictorias que pueden sumir al lector en la perplejidad. Veamos algunas.

17 Bouza Brey, «La joven Rosalía en Compostela (1852-1856)», art. citado.

18 Victoria Álvarez Ruiz de Ojeda, «Rosalía de Castro, actriz: noticias y documentos», *Revista de Estudios Rosalíanos*, 1, pp. 11-43.

19 Caamaño Bournacell, obra citada. F. Bouza Brey, «Adriano y Valentina, motivaciones inspiradoras de Rosalía de Castro», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, fasc. LIII, 1962, pp. 374-390.

Xesús Alonso Montero afirma: «Siempre he creído que la decisión de casarse con este hombre es un acto propio de quien, abrumado por las circunstancias, se ve en la necesidad de aceptar la menor oportunidad»²⁰.

Por el contrario, leemos en Bouza Brey: «Da man do seu home, pois, entróu Rosalía na groria, xa que foi o primeiro admirador das suas escelsas coalidás poéticas, con sacrificio escomasí das propias, como ben señala o escritor don Xoán Naya; e nunca xamáis lle pagará Galicia a don Manuel Murguía o desvelo que puxo en dar a conocer as vibracións de aquel esquisito esprito. O nome de Murguía ten de figurar ó frente de toda obra de Rosalía polo amoroso coído que puxo no seu brillo frente á recatada actitude da súa esposa, apartada sempre dos cenáculos onde se forxan, con razón ou sin ela, as sonas literarias»²¹.

Juan Naya, defensor acérrimo del amor entre ambos, califica de leyenda envidiosa los rumores de desavenencias: «La envidia, que siempre está al acecho, forjó la leyenda de las desavenencias, y hasta hubo quien creyó que Rosalía fuera una mártir del sagrado vínculo. Tenemos que confesar que la mayor parte de esta leyenda nació en nuestro propio país»²².

Siempre es difícil conocer la intimidad de una pareja y, en este caso, la dificultad es mayor, porque Murguía destruyó antes de su muerte las cartas de su mujer. En una de las últimas notas conservadas de su puño y letra²³ dice Murguía:

Como ya se acercan los días de la muerte, he empezado por leer y romper las cartas de aquella que tanto amé en este mundo. Fui leyén-

20 Xesús Alonso Montero, prólogo a su edición de *En las orillas del Sar*, Anaya, col. Biblioteca Anaya, Salamanca, 1964, p. 6.

21 Bouza Brey, prólogo a la edición de *Cantares gallegos*, Galaxia, Vigo, 1970, p. 12.

22 Juan Naya, *Inéditos de Rosalía*, Publicaciones del Patronato Rosalía de Castro, Santiago de Compostela, 1953, p. 77.

23 Reproducida por Naya Pérez, obra citada, p. 19.

dolas y renovándose en mi corazón alegrías, tristezas, esperanzas, desengaños [...]. Verdaderamente la vejez es un misterio, una cosa sin nombre, cuando he podido leer aquellas cartas que me hablaban de mis días pasados sin que ni mi corazón ni mis ojos sangraran. ¿Para qué?, parece que me decían. Si hemos de vernos pronto, ya hablaremos en el más allá.

¿Por qué las destruyó? Esas palabras me llevaron a pensar que había episodios en su vida por los que le debía una explicación o una disculpa a su mujer. Por eso, hace muchos años, basándome en las acusaciones de desatención y de abandono e incluso de infidelidades que aparecen en las escasas cartas conservadas, llegué a la conclusión de que Murguía había destruido las que estaban en su poder para proteger su propia imagen²⁴.

Pero había otras razones que entonces no consideré. La primera y más importante es que esa destrucción es un eslabón más de una larga cadena de actos de Murguía destinados a proteger y enaltecer la figura de Rosalía de cara a la posteridad, y que contribuyeron a convertirla en un mito, en lo que hoy es: la representación del espíritu de Galicia, su alma máter²⁵. Para ello se dedicó a ocultar todo dato biográfico que pudiera perjudicarla. Barreiro comenta esta postura en su monumental biografía de Manuel Murguía:

Un ocultamento sistemático permitiulle relaborar unha interpretación canónica das súas biografías, compracente e sen arestas, que asumiron as fillas e que repetiron mecánicamente nas escasas entrevistas que concederon, e sempre a requerimento dos biógrafos²⁶.

24 Marina Mayoral, «Sobre el amor en Rosalía y sobre la destrucción de ciertas cartas», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 233, mayo de 1969, pp. 1-16.

25 Véase mi discurso de ingreso como académica de honor en la Real Academia Gallega: «Por qué Murguía destruyó las cartas de Rosalía», RAG, 2017 (reproducido en *Rosalía de Castro. Obra poética e manuscritos*, Ediciones Boreal, 2019).

26 Xosé Ramón Barreiro, *Murguía*, Galaxia, Vigo, 2012, p. 7.

Sin embargo, con la destrucción de sus cartas nos privó de un elemento importante para conocer su carácter y su obra. ¿Cuántos misterios de su poesía, cuántas alusiones que nos desconciertan por ignorar su verdadero significado no se hubieran aclarado? Murguía era consciente de su importancia:

Pero si las leí sin que mi alma se anonadase en su pena, no fue sin que el corazón que había escrito las líneas que acababa de leer, se me presentase tal como fue, tal cual nadie es capaz de presumir.

Es, pues, la imagen de Rosalía «tal como fue, tal cual nadie es capaz de presumir» lo que Murguía quiso destruir. Él estaba convencido de que esos detalles íntimos sólo pertenecían a «los suyos», y así lo dejó escrito en su prólogo a la segunda edición de *En las orillas del Sar* y en el libro *Los precursores*:

La vida de una mujer, por muy ilustre que sea, es siempre bien sencilla. La de Rosalía, como la de cuantas se hallan en su caso, se limita a dos fechas: la de su nacimiento y la de su muerte; lo demás sólo importa a los suyos²⁷.

En las escasas cartas o fragmentos de cartas que se conservan de Rosalía, encontramos reproches a su marido unidos a confesiones de cariño, exigencias y disculpas por esas exigencias. Veamos algún ejemplo:

Mi querido Manolo: No debía escribirte hoy, pues tú me dices lo haga yo todos los días, escaseas las tuyas cuanto puedes, pues casualmente los dos días peores que he tenido hasta me aconteció la fatalidad de no recibir carta tuya. Ya me vas acostumbrando, y como todo depende de la costumbre, ya no hace tanto efecto; sin embargo, estos días en que me encuentro enferma, como estoy más susceptible, lo siento más. Te

27 Manuel Murguía, *Los precursores*, *La Voz de Galicia*, La Coruña, 1985, p. 178.

perdono, sin embargo, aunque sé que no tendrías otro motivo para no escribirme que el de algún paseíto con Indalecio, u otra cosa parecida.

O este otro fragmento:

Estando lejos de ti vuelvo a recobrar fácilmente la aspereza de mi carácter que tú templas admirablemente, y eso que, a veces, me haces rabiar, como sucede cuando te da por estar fuera de casa desde que amanece hasta que te vas a la cama, lo mismo que si en tu casa te mortificasen con cilicios.

La impresión que sacamos de estos escasos textos conservados es que Rosalía encontró en Murguía uno de los pocos apoyos de que disfrutó en su vida; lo consideraba «la persona a quien más se quiere en el mundo», aunque muchas veces no se sentía correspondida en la misma medida y, entonces, o «rabiaba» o hacía «reflexiones harto filosóficas respecto a la realidad de los maridos y la inestabilidad de los sentimientos humanos».

Por lo que se refiere al intento de Murguía de destruir con las cartas una imagen que sólo él debía conocer, creo que no lo consiguió: toda Rosalía está en sus obras, siempre que se sepan leer bien y sin prejuicios.

¿Cómo era Rosalía? Carácter

Es muy difícil rastrear lo que puede haber de verdad entre los múltiples y diversos testimonios que nos han llegado sobre el carácter de Rosalía.

En primer lugar, hay que tener en cuenta la mitificación de su imagen por parte de Murguía, que consistió no sólo en eliminar, como señaló Barreiro, lo que pudiese perjudicar dicha imagen, sino en subrayar y exagerar lo que pudiera contribuir a mejorarla: los dolores y las desgracias que tuvo que soportar durante toda la vida y su entereza ante la adversidad. Así, en el prólogo que puso a la segunda edición de *En las orillas del Sar*, Murguía la presenta como una mártir:

Jamás ojos algunos derramaron en sus días de aflicción lágrimas más amargas que las suyas, ni otro corazón como el suyo soportó en la Tierra más duros golpes. El cielo se apiadó de la infortunada el día de su muerte.

Esa imagen la repitió siempre que se le presentó la ocasión. Por ejemplo, en *Cuentas ajustadas medio cobradas*, su diatriba contra doña Emilia Pardo Bazán, escribe, refiriéndose a la casa en la que vivía Rosalía:

Tras aquellas paredes, silenciosas como la muerte, había una esposa y una madre que sufría lo que sólo su corazón de mártir pudo soportar sin romperse²⁸.

Hoy es un hecho aceptado por la crítica que Murguía mitificó voluntariamente la figura de su mujer²⁹. Y a esa mitificación contribuyeron también todos los estudiosos y admiradores de su obra que recogieron solamente los aspectos positivos de su carácter, como son la generosidad y la solidaridad con las desgracias ajenas. Hay numerosas anécdotas que lo atestiguan. Una de las más bonitas la cuenta González Besada³⁰: el día del entierro, una mendiga, al ver salir el féretro de la casa, decía llorando: «Nunca deixaba ós probes sin consolo, e cando non podía dar limosna dáballes consellos e parolas doces que se agradecen as veces moito máis que o diñeiro. Eu nunca viñen a vela que me non acompañase hastra a

28 Cito por la recopilación de artículos de Murguía hecha por Tucho Calvo, *Murguía e La Voz de Galicia, La Voz de Galicia*, La Coruña, 2000.

29 Véase la obra citada de X. R. Barreiro, y también Alejandro Alonso Nogueira, «A invención do escritor nacional: Rosalía de Castro e a súa patria», en Rosario Álvarez y dolores Vilavedra (coord.), *Cinguidos por unha arela común. Homenxe ó profesor Xesús Alonso Montero*, vol. 2, Univ. Santiago de Compostela, 1999, pp. 41-64.

30 Augusto González Besada, *Rosalía de Castro. Notas Biográficas*, Biblioteca Hispánica, Madrid, 1916, p. 116.

porta»³¹. Por su parte, Juan Naya³² cuenta que Rosalía se desprendió en una ocasión de una cantidad de dinero, quedándose ella prácticamente sin nada, y ante las observaciones más prudentes de su hija mayor, contestó sólo: «Da eso que se nos pide, que Dios proveerá». Los testimonios de su generosidad son, pues, numerosos.

De igual modo que se embellecían en el recuerdo sus rasgos físicos –Rosalía no fue guapa, aunque sí tenía una buena figura y un rostro interesante–, se embellecían sus rasgos temperamentales: ninguna arista, ninguna violencia; sólo dulzura y suave tristeza. Nada más lejos de la realidad. Rosalía tenía un carácter fuerte y su bondad y generosidad no impedían que reaccionara con energía cuando se sentía atacada o lo eran aquellos a quienes ella estimaba. Basta leer sus versos. Poemas como «Castellanos de Castilla» o «A xusticia pola man» demuestran la reciedumbre de su carácter. Por si ello fuera poco, el testimonio del propio Murguía viene a confirmarlo. Así, en el prólogo a la segunda edición de *En las Orillas del Sar* afirma:

Si hubo alguien que en los momentos de desgracia se irguiese altivo como héroe que antes de caer vencido intenta levantarse y luchar todavía, fue ella. En su sangre circulaba, en sus carnes palpitaba algo de indómito y superior que venía de su raza [...]. Quien hablase a Rosalía vería que era la mujer más benévola y sencilla, porque en su trato todo era bondad, piedad, casi, para los defectos ajenos. Mas cuando la herían, ya como enemiga, ya como acosada por el infortunio, era tal su dignidad, que pronto hacía sentir al que había inferido la herida todo el peso de su enojo.

En las pocas cartas que conservamos dirigidas a su marido, hay muestras de impaciencia, irritación, aspereza o deseos de molestar. Bien es verdad que, muchas veces, van seguidas de peticiones de

31 «Nunca dejaba a los pobres sin consuelo, y cuando no podía dar limosna les daba consejos y palabras dulces, que se agradecen a veces muchos más que el dinero». Trad. de la editora.

32 «Obra citada, p. 49.

perdón y de reconocimiento de las propias faltas. Veamos alguna muestra:

Sigo tomando la leche de burra, pues el buen médico no me dijo ni oste ni moste, ni me dio más remedio; hoy compraré otra botella de cerveza, y le regalaré a esos ladrones con título 28 cuartos. Gallinas no quiero comprar más; lo mismo me he de morir de un modo que de otro [...]. Tu tía Teresa está ahí, pues al pasar por allí la niña la vio, pues la llamó ella y le dijo que me diese un recadito, y que no venía ella por aquí, porque estaba sola la tía Pepa. Ya no salgo, pero aunque así no fuera no iría a verla³³.

Conmueve la imagen de Rosalía que nos dan estas cartas: una mujer enferma, con poco dinero, alejada de su marido, irritándose con la ignorancia de los médicos y los tiquismiquis de la familia política. ¡Cuánto más humana, más cercana a nosotros que la imagen del mito! Veamos algún fragmento más:

Cuando reflexiono en la miseria que puedo sacar de todo me dan ganas de hacer trizas cuentos, novelas y aun mi loca cabeza, que tiene la manía de entretenerse en tales cosas. Estoy observando que hablo en un tono feroz, como si me dirigiese a una cosa mala. Pobrecito mío, ¿qué dirás de mi mal humor? Sí; estoy de un humor sombrío, y puede que lo estuviere del mismo modo aun cuando no tuviese motivos para ello. Estando lejos de ti vuelvo a recobrar fácilmente la aspereza de mi carácter que tú templas admirablemente³⁴.

Vemos que Rosalía insiste, en las cartas a su marido, en su «mal humor» y su «aspereza», que atribuye a su temperamento, a su «bilis», tanto como a las penosas circunstancias que le tocó vivir:

33 *Obras completas*, ed. citada, p.604

34 *Ibíd.*, pp. 604-605